

LA COMUNIDAD DEL REY

HOWARD SNYDER

Había una vez un hombre llamado Juan que estaba harto de la iglesia institucional. «Está tan encerrada en la tradición — decía — que no puede existir ninguna libertad espiritual. ¡No hay esperanza! Me doy por vencido con la iglesia institucional». Juan reunió entonces a un pequeño grupo de amigos que pensaban como él y les dijo: «Vamos a hacer a un lado todo el institucionalismo y a tener una iglesia simple, sin estructura, como era en el Nuevo Testamento». Se reunieron todos un domingo por la noche. Eran once. Pasaron aproximadamente dos horas y media simplemente compartiendo, cantando, orando y estudiando la Biblia. Fue una reunión formidable. Todos estaban entusiasmados. Era la primera vez que la mayoría de ellos experimentaba un compañerismo tan libre, tan abierto, y el grupo se sintió unido y fortalecido espiritualmente. ¡Esto era lo que la iglesia debía ser! Al llegar la hora en que tenían que terminar, Juan dijo: «Bueno, esto ha sido realmente formidable. Creo que con esto hemos empezado algo bueno.

¿Podemos reunirnos otra vez la próxima semana?». Todos estuvieron de acuerdo. A la misma hora, en el mismo lugar. Valía la pena que se continuara con esta nueva experiencia de compañerismo. Y así nació una nueva comunidad, de hecho una nueva iglesia local.

El grupo crecía, se diversificaba en cierto grado y satisfacía las varias necesidades conforme iban surgiendo. ¿Y el cuidado de los niños? ¿Y la hora y duración de las reuniones? ¿Y el liderazgo? ¿Y las ceremonias para los días especiales? ¿Y el costo de los materiales? En cada caso se hacían arreglos permanentes sobre la marcha, de modo que el grupo pudiera funcionar sin mayores problemas y no tuviera que estar tomando constantemente decisiones de rutina.

Funcionó. El grupo prosperó. Pero, ¿es cierto que «no tenía estructura» y que era «no institucional», como Juan esperaba? ¡Por supuesto que no! El grupo rápidamente desarrolló sus propias estructuras; inevitablemente tomó forma institucional. Tal vez las formas que adoptó fueron buenas formas; tal vez mucho mejores que aquellas que había dejado atrás y quizá servían mucho mejor para el verdadero propósito de la iglesia. Es probable que haya sido así. Pero las estructuras aparecieron de hecho, porque toda la vida necesita tener forma. La vida sin forma se enferma y muere; parece porque no puede sostenerse a sí misma. Así ocurre con toda vida, sea espiritual, humana o botánica, porque Dios es consecuente en su creación.

Llegamos así a la cuestión de la estructura de la iglesia, de la forma de la iglesia. La tesis de este capítulo es que la estructura es inevitable, pero que no todas las estructuras son igualmente válidas o apropiadas para la iglesia. Al examinar más de cerca la estructura, recordamos que la estructura no es la iglesia, como tampoco el odre es el vino. Sin embargo, la estructura es necesaria para que la iglesia viva y sirva en el tiempo y el espacio. Toda comunidad cristiana debe tener una forma culturalmente apropiada de hacer las cosas en cierto tiempo y en cierto lugar. Una iglesia que pretende crecer y servir al reino de Dios debe estar estructurada de manera armónica con la concepción bíblica

de la iglesia. Esto no quiere decir que una iglesia estructurada de manera diferente no crecerá, ya que obviamente existen iglesias con las más diversas estructuras que han crecido y sobrevivido. Pero una iglesia que no está estructurada en armonía con los principios bíblicos nunca alcanzará la calidad de crecimiento y la autenticidad de discipulado que Dios quiere.

La estructura de la iglesia no es en sí misma mala o indeseable. La cuestión es qué clase de estructura sirve mejor a la iglesia en su vida y en su testimonio.

ESTRUCTURAS FUNCIONALES

La Biblia da muy pocas indicaciones específicas sobre la estructura de la iglesia. Traza un claro perfil de lo que se pretende que la iglesia sea, y presenta la historia de sus primeros días en dos contextos culturales principales: la sociedad palestina judía y la sociedad grecorromana del primer siglo. Sobre la base de este testimonio bíblico, en cada época la iglesia forma aquellos odres que parecen más compatibles con su naturaleza y misión dentro de su contexto cultural.

La cuestión de la estructura surge dentro del amplio espectro de libertad que la Biblia permite. Las Escrituras no prescriben explícitamente estructuras específicas. En cambio, vemos una variedad de ejemplos y de adaptaciones a situaciones particulares (como en Hechos 6). Sin embargo, la imagen bíblica de la iglesia nos ayuda a discernir criterios para evaluar su estructura en cualquier contexto histórico. Veremos tres de ellos.

Primero, la estructura de la iglesia debe ser bíblicamente válida, es decir que debe ser compatible con la naturaleza y forma del evangelio y de la iglesia que se presenta en la Biblia. Los escritores del Nuevo Testamento fueron celosos en guardar la verdad del evangelio y de la iglesia contra las intrusiones del mundo o del judaísmo. Insistir en la circuncisión era negar el evangelio (Gá 5.2-6). Hacer distinciones dentro de la comunidad cristiana basadas en la riqueza, la posición social o las tradiciones religiosas era transgredir la ley de Dios (Stg 2.1-13; Gá 2.11-21). Jesús advirtió contra la invalidación de la Palabra de Dios por adherirse a la tradición humana (Mt 15. 6). Cualquier tradición, estructura o modelo que lleve a los creyentes a contradecir en la práctica lo que profesan creer no es bíblico y debe rechazarse. En términos sencillos, el criterio de validez bíblica significa que todas las estructuras de la iglesia deben, de hecho, ayudarla a ser la iglesia y a llevar a cabo su misión en la esperanza del reino de Dios. Deben ser estructuras que promuevan la comunidad, que edifiquen a los discípulos y sostengan el testimonio y la esperanza del reino. Las estructuras que logran esto realmente son válidas; las estructuras que no lo logran, son inválidas sin importar cuán estéticas, eficientes o veneradas sean.

Segundo, la estructura de la iglesia debe ser viable culturalmente. Las estructuras deben ser compatibles con las formas culturales de la sociedad en la que se encuentran. Por esta razón, las estructuras de la iglesia no pueden ser trasplantadas indiscriminadamente de una cultura a otra sin causar serios problemas y confusiones fundamentales acerca de la verdadera naturaleza de la iglesia. Por supuesto, uno no necesita cruzar el océano para encontrar una cultura diferente. Las ciudades globales de hoy son un microcosmos cultural. Por esta razón, a esta altura el ministerio efectivo en las áreas urbanas demanda sensibilidad.

Obviamente, la validez bíblica tiene la prioridad en relación con la viabilidad cultural. La iglesia, después de todo, va a experimentar tensión con la cultura que la rodea. Pero debemos esmerarnos para asegurarnos de que esta tensión viene del conflicto entre la luz y las tinieblas, no de la incompatibilidad de formas culturales. Donde sea éticamente posible, la iglesia debe estructurarse siguiendo el modelo de otras estructuras de la cultura que la rodea. Esto requiere de discernimiento, ya que solamente puede hacerse mientras no se comprometa la fidelidad a las Escrituras. La iglesia no puede adoptar indiscriminadamente estructuras de su propia cultura, de la misma manera que no puede importarlas del exterior indiscriminadamente. Lo que sí puede hacer es evaluar cada estructura en términos de su validez bíblica y de su viabilidad cultural.

Tercero, la estructura de la iglesia debe ser flexible temporalmente. Debe estar abierta a modificaciones según lo requieran circunstancias cambiantes. Aquí nos enfrentamos no solamente a la dimensión espacial sino también a la temporal. Las culturas no son estáticas sino dinámicas, y cada vez más en esta era de globalización. A medida que cambia una cultura, serán necesarios también cambios en la estructura de la iglesia. La estructura que es efectiva hoy puede no serlo dentro de treinta (o quizás dentro de diez) años. Esto es especialmente cierto en esta era posmoderna tecnológica, caracterizada por la discontinuidad y los cambios rápidos. El hecho es que la fidelidad a la inmutable verdad bíblica a menudo requiere estructuras que cambien conforme pasa el tiempo.

Extracto: Capítulo 9 (La forma de la Iglesia)
Ediciones Kairós, Buenos Aires, 2014